



aunque por pura cabezonería porque, y conste que al final cené y hasta bastante bien, la culpa fue en realidad del microondas y me pude dar cuenta cuando al ir sorteando obstáculos le di sin querer, o aposta, porque me estorbara, con el pie; pero, absorta como andaba con mis cosas, no lo pensé.



Debí sí de notar algo, claro, porque de no haberlo notado no habría podido preguntarme luego cómo no sospeché.

Y ahora era tarde; tarde para ponerse a dirimir qué había pasado con un hombre que respondería somnoliento, cuando no abiertamente malhumorado, *señora yo no lo puedo saber: esas cajas son todas siempre iguales.*

Y que, además: *como ustedes las mujeres tienen esa manía de conservar todo, son incapaces luego de saber dónde está qué.* Y que mirarse en alguna otra. Diría.

Yo le replicaría con *en qué otra si sólo tengo una y usted, usted es quién hubiese debido reparar en que era demasiado ligera...*

Y, él, que *como que no tendré otra cosa que hacer, señora, que reparar en ligerezas acarreando constantemente bultos de acá para allá* o, metiéndose en lo que a él no le importaba, que *en última instancia lo mismo ha salido usted hasta incluso ganando excepto, claro está, en el caso de que gratinara.*

No gratinaba. Yo.

Pues entonces, él, vale seguro más lo que hay en ésta...

Eso, yo, lo dirá usted.

Él, entonces, por abreviar o lavarse las manos y seguir durmiendo, se encogería de hombros y *aunque usted podría muy bien responderme con cuál es, en términos objetivos, el valor de las cosas. Y yo le tendría que responder en tal caso “no lo sé, señora; no tengo la más remota idea de cual pueda ser en términos objetivos el valor del contenido de la caja de su microondas”.*

Y que otra cosa muy distinta sería abordar el tema desde el punto de vista de la subjetividad *que si usted quiere,*

ya que me ha conseguido desvelar, podemos abordarlo por qué no...

Pero no quise.

No quise y — no sé si por evitar una conversación bizantina que no iba a llevar a ninguna parte o por no abordar con un extraño el tema tan peregrino que no iba a conducir a ningún sitio de que por causa de un puñado de papeles yo no sabía qué iba a cenar ni dónde —, para evitar tentaciones, borré el número que se me había quedado en la memoria del móvil cuando me preguntaba tan obsesivamente *¿qué otra cosa podría hacer?*

De modo que, por poner fin a una situación tan kafkiana y porque no me gusta, además, ser obsesiva; considerando, por añadidura, que este barrio ofrece muchas posibilidades de encontrar qué llevarse a la boca, me decidí por el Wok, de María de Molina.

Y, ya digo, cené bien.

Cené bien y — bien porque me lo tenía ganado después de un día tan duro, o, mejor aún, por celebrar que era estupendo haber amanecido en un cuchitril interior y oscuro y tener ahora cuatro ventanas que eran una hermosura — me tomé un sake, con el café, preguntándome entre sorbo y sorbo *¿cómo puede terminar tan rematadamente mal algo que empezó tan bien?*

Fin

Aquí se cierra el



círculo **3-128-192**